



# NIVELES POPULARES DE CULTURA

MANUEL AGUD QUEROL

La vida de una nación, incluso en los aspectos puramente materiales, depende de forma radical del nivel de cultura que posea.

Ahora bien, el problema planteado por esto es qué se entiende por nivel de cultura.

Hemos de hacer unas digresiones si queremos encauzar hacia puntos concretos el contenido de nuestro pensamiento.

En apariencia poseemos una enorme cantidad de medios de información para aproximarnos a los contenidos de la vida de la inteligencia y al cultivo de facetas sociales integradoras de la comunidad.

Nos asalta, sin embargo, la sospecha de que la dirección de tales medios de información más bien contribuyen a la extensión de elementos pseudo-culturales, cuya presencia, espléndida en su exterior, hace pasar por alto la poca profundidad de su contenido.

A pesar de cuanto se dice y escribe en sentido crítico sobre el medio de información más popular, la TV, todos caemos en la generalización y en la vanalización de lo más concreto y específico.

Y si el blanco y negro, visto el color (y más en los astigmáticos), no era atractivo para la posible víctima casera, la perfección cromática, siempre se convierte en gancho que nos haga pasar alguna hora ante la pantalla.

Tampoco nos alineamos con los permanentes detractores del medio. Quizá en el fondo de sus hogares sean adoradores del rectángulo luminoso; aunque su «progresía» les lleve a despotricar en público de la «caja tonta»; título, por lo demás, poco ingenioso y pedestre.

¿Puede ser vehículo de una cultura consistente y enriquecedora? Creemos que sí, a pesar de la fugacidad de la imagen, haciendo verdad el predominio de ésta sobre la palabra, y diríamos más: sobre lo escrito.

Llegamos a una cuestión medular en el fenómeno que trata uno de analizar: la lectura.

Más de 32.000 títulos han salido en el pasado año 1985 de nuestras editoriales. Estamos por encima de cualquier país

europeo. ¿Quiere ello decir que ha aumentado el número de lectores?

Es probable, aunque no en la proporción que el alarde editorial induciría a pensar.

Bueno es que se vaya generalizando el libro como regalo de cumpleaños o fecha notoria similar. Mas fuera mejor que tal libro no pasase a ser simple elemento decorativo de un anaquel lujoso, sino que se leyera. Seamos optimistas y pensemos que así ocurre; pero hay demasiada alergia a la lectura, demasiado alto porcentaje de gente que jamás ha leído un libro.

Quizá hemos pasado a ser un pueblo de compradores de éstos, con la esperanza de leerlos un día, pero tentados siempre a no hacerlo por mor de la pequeña pantalla convertida en el hipnotizante punto luminoso que nos ahorra esfuerzo y arrincona las buenas intenciones de continuar en la galaxia de Gutenberg, donde se avanza línea a línea, palabra a palabra, y donde es posible retroceder para captar mejor la idea, o percibir un matiz escapado en la lectura rápida. Eso no se logra ni en la radio ni en la TV (a pesar del video) ni en el cine. Estos últimos medios nos envuelven en un manto de superficialidad, en una leve película en la que no se puede penetrar por carecer del cuerpo suficiente.

Y sin embargo, lo que prevalece, lo que domina el ambiente es esa superficialidad de la que vivimos todos, y con ese exiguo caudal pretende la sociedad de hoy considerarse poseedora de una cultura verdadera.

No. Es una cultura de imagen, forzosamente complementaria de la de cerebro y corazón.

Desventura nuestra es haber caído en la confusión respecto a esos dos polos. El secundario se impone sobre el esencial.

Y desde el propio poder, con aquella «genial ocurrencia» de las Casas de la Cultura dotadas de un televisor, se frustró otra idea que era buena: la Biblioteca TV. Aquellos volúmenes, todo lo mal encuadernados que se quiera, despertaron interés y atraparon en la lectura a mucha gente. En cambio en los pequeños núcleos urbanos la tal Casa pasó a ser un bar más,

una taberna con televisor y mesas de juego, quedando en un rincón olvidado y envuelto en el polvo el pequeño lote de libros que pudiera aportar el Servicio Nacional de Lectura.

Ni siquiera el periódico atraía a la gente en otro renglón que no fuera la cotización del cerdo, de la remolacha o de cualquier otro producto agropecuario. Ni la página deportiva, suficientemente bien servida en imágenes por la pequeña pantalla.

La huida de la letra impresa se ha acentuado, pues, en los medios rurales, y el agobio en la lucha por el sustento tampoco en las ciudades proporciona el ocio que requiere la entrega, aunque sea esporádica, a la lectura.

Cabría analizar lo que se entiende por analfabetismo, e incluir en éste el amplio conjunto de seres que acaso sepan leer medianamente, pero al serles fatigoso, no persisten y terminan por entrar en esa esfera. Decir que se ha erradicado el analfabetismo porque uno traza mal que bien unos rasgos que valen como firma, no deja de ser una postura abusiva. Por ello podemos afirmar que el analfabeto no es «rara avis», sino una clase muy extendida.

¿Por qué no se hace campaña permanente desde la TV para la lectura? Se nos dirá que abundan anuncios de libros. ¡Cuidado! Eso es un negocio editorial en esta furia neo-enciclopedista desatada sobre el país, donde la presentación es esencial, si no lo único.

No negamos que también la vista ayuda a tomar en nuestras manos una bonita edición, y que eso lleve a la adquisición de libros como algo decorativo, y que la propia presentación haga recorrer sus páginas entrando poco a poco en el mundo de los verdaderamente alfabetizados.

No se ve demasiado claro cuál puede ser el medio de que nuestros jóvenes lean, que vean en el libro el liberador de las esclavitudes mentales e ideológicas.

Cierto publicista dijo un día que la extrema derecha se cura leyendo. Nosotros añadiríamos que también las otras extremas, y aun no tan extremas.

Poblando de ideas el cerebro, le será posible la elección y de ello nacerá la capacidad crítica.

El día en que en los pueblos, sobre todo de tipo industrial, nuestros jóvenes truequen la tasca, el bar y similares por las bibliotecas, las conferencias, las exposiciones, los coloquios, es probable que retroceda la zafiedad, la estupidez, el fanatismo y todas esas lacras cuya única manifestación escrita son las pintadas, cuanto más chabacanas y estridentes, más aceptadas por el analfabetismo que sabe mal leer.

Sólo un pueblo educado puede ser libre, y eso empieza en la escuela. Esa es la labor del maestro, título honroso que pretenden desterrar los «enseñantes», galicismo implantado entre cuantos consideran cursis los buenos modales y un prejuicio burgués la buena educación.

Terminarían las estridencias, se limpiarían los pueblos, las paredes dejarían de ser un insulto al viandante, y entonces quizá comenzáramos a disfrutar de una situación política democrática, cosa inexistente en la actualidad, a pesar de tanto como se enarbola y menciona tal concepto.

¿Qué profesores tienen en sus manos la orientación de nuestros hijos? ¿Qué muestras de respeto a la comunidad nos dan algunos?

¿Qué límites se establecen a la libertad del maestro con relación al papel de receptores que desempeñan los alumnos?

Y no nos vengan con pantallas como la «libertad de expresión», que en realidad solo sirve con excesiva frecuencia para amordazar voces disidentes.

Cuando hemos presenciado la acción de algunos elementos del profesorado medio embadurnando un centro con motivo del Referendum sobre la OTAN, y eso con ayuda y expectación de los escolares, ¿qué respeto a las convicciones de los demás nos será dado pedirles?

¿Puede llamarse sistema democrático el que no admite al contrincante, por extremo que sea?

Demasiado se habla de esa doctrina política, demasiado invocan la ética quienes la prostituyen y la transforman en capa encubridora de rencores y resentimientos.

La indiferencia de la gente a lo convertido en visión cotidiana, nos indica lo difícil que va a ser la reconquista de la propia individualidad, la apreciación de valores esenciales que no pertenecen a un mundo caduco, sino que constituyen la médula de una convivencia en paz.

Nada de esto ocurre. Nos hallamos sometidos a la dictadura de las minorías fanatizadas o aspirantes al dominio colectivo.

La libertad retrocede. Hay temas polémicos, vitales que requieren un tratamiento público, pero como en el Oeste americano, el jefe del garito, del «Saloon», tenía sus sicarios que imponían la mordaza a cuantos no estaban de acuerdo con las directrices de tal jefe, y la mordaza era con frecuencia «definitiva». Claro que aquello también tuvo su desenlace final, y lo fue cuando la gente adquirió conciencia de hasta qué punto se había envilecido.

Hoy invade la calle cualquier grupo ínfimo que al amparo de la mentada «libertad de expresión» se la arrebató a la inmensa mayoría, que soporta entre el miedo y la cobardía actuaciones intolerables.

Hablar de madurez democrática entre nosotros no deja de ser un sarcasmo. Pero con algo hay que cubrir una circunstancia agobiante que tiende a perpetuarse.

Dígame cuanto se quiera, no debe llamarse democrático un estado en que el ciudadano vive intranquilo; cuando hemos visto calificar de «paraíso de la inseguridad ciudadana» a esta impunidad para el delito común en que vive España.

Y, mientras tanto, nos perdemos en pendencias entre quienes desde el derecho siembran la duda en los principios que han de regir nuestra convivencia.

¿Qué va a hacer un pueblo que ve en los cultivadores del Derecho Constitucional un desentendimiento de la norma suprema dando por buen una reforma subrepticia de ella sin que se le haya caído la venda de los ojos al símbolo de la Ley?

Si nos arrebatan la ejemplaridad en la educación; si los especialistas del Derecho Político no se ponen de acuerdo en la interpretación de unas normas que para el simple ciudadano con sentido común son de claridad meridiana, ¿cómo se va a producir en la sociedad un «cambio» de verdad, no una sustitución de nombres?

Y la cultura no llegará a ser popular mientras quienes más han de hacer por ella desde estratos responsables, gasten su tiempo en defensa de intereses personales, de partido o de simple explotación demagógica con vistas a suceder en el disfrute del mando adobado con una saneada economía personal, producto de pingües nóminas.

Desde la escuela, desde la vocación, desde el afán de servicio, ha de surgir la nueva sociedad, que tampoco ha de suponer un giro copernicano, sino la restauración de lo bueno del pasado y el desarrollo que el tiempo y la historia van introduciendo en la vida de la comunidad.

Tendrán que desaparecer del campo de influencia en los niños cuantos conviven con la safiedad, esos a quienes gusta regodearse entre sus propios detritus mentales, a pesar de su pretensión de «progres» y de que truenen contra los «reaccionarios» ¿Qué peor «reacción» que retroceder al fondo de la selva, al fondo de los siglos, so pretexto de recuperar supuestas culturas «propias»?

¿Hemos de repetir el andar de la Historia dando un salto atrás, en lugar de continuar avanzando, tras recibir el testigo en esta especie de carrera de relevos que es en realidad la vida de la Humanidad?

Es preciso que los jóvenes reaccionen; para ello son indispensables las ideas, y estas las tenemos recogidas en los libros. Y ellas forjarán el sentido crítico, cuya carencia actual hemos insinuado.

La cultura de hoy es el ayer con proyección al mañana.